

CRÓNICAS DE LA MEMORIA, ANTROPOLOGÍA DE LA VIOLENCIA

MARIO E. SÁNCHEZ DÁVILA*

Este artículo es el resultado de una serie de conversaciones con la periodista Elsa Úrsula sobre su experiencia como reportera de prensa durante los años que se dedicó a cubrir el conflicto armado interno de la década de los ochenta del siglo pasado. A través de dos crónicas – ambientadas en Huanta, Ayacucho, y en Venenillo, Alto Huallaga, respectivamente – y, por lo tanto, a través de la memoria de Úrsula, este artículo expone una mirada testimonial invaluable sobre la violencia de Sendero Luminoso dentro de la historia reciente del Perú. Así, pues, la mirada testimonial de Elsa Úrsula hace oír una voz completamente propia de aquellos periodistas de los años ochenta que pudieron y quisieron acercarse al conflicto armado interno para comprender (y, luego, informar sobre) la violencia de Sendero Luminoso. La experiencia etnográfica de Elsa Úrsula – y otras como esta – constituye, así, una fuente invaluable para una antropología de la violencia dentro de la historia reciente del Perú. Porque el haber observado y participado en las prácticas, el haber estado allí in situ, el haber obtenido información directa de primera mano, en fin, el haber investigado cualitativamente el fenómeno, le confiere un carácter etnográfico a la crónica periodística como género discursivo alternativo para reconstruir la memoria histórica de una sociedad de postguerra.

[1]

Estaba oscuro. Pero eso no impidió que percibieran – cuando entraron y cerraron rápidamente la puerta – el fuerte olor a muerte que expedía la sangre que caía al piso. Por supuesto, cuando sacaron el encendedor para iluminar el lugar, aún no lo sabían. Tampoco sabían que, junto a ellos, tendido en una mesa, boca arriba, se encontraba el cuerpo muerto de un niño sin cabeza. Cuando lo vieron, hubo un silencio.

– ¿Qué hacemos acá? – dijo Rubén Bracamonte, luego de apagar el encendedor y romper en llanto. – Tú tienes diecinueve años. Deberías estar con tus amigos, y yo debería estar cuidando a mi hija que acaba de nacer. ¿Qué hacemos acá? Nos tenemos que regresar, Elsa. Esto no es para nosotros.

– ¿Cómo vamos a salir de acá? – le preguntó Elsa Úrsula, parada en la oscuridad.

– No lo sé –contestó él–. La verdad, no lo sé.

Y se quedaron otra vez en silencio. Y esta vez se abrazaron. Afuera, los militares los buscaban. Cuando los cogieran, les harían correr la misma suerte de aquel niño decapitado que todavía llevaba puesto sus medias y yanquis, y al cual se le notaba el hueso del cuello roto como un palo de escoba partido por la mitad. Rubén Bracamonte sacó el rollo de su cámara y lo metió entre sus calzoncillos. Después de insertarle un rollo sin usar, abrieron la puerta y salieron. Minutos después, los militares los cogieron.

Era 1983, año en que el Perú vivía una guerra entre el grupo guerrillero maoísta Sendero Luminoso y el segundo gobierno de Fernando Belaúnde Terry. Elsa Úrsula todavía llevaba cursos de universidad y, junto al

* Doctorante en Antropología con mención en Estudios Andinos (PUCP). Magíster en Antropología (PUCP) y Licenciado en Comunicación y Periodismo (UPC). Ha trabajado en diversos medios de comunicación y ha publicado artículos académicos en diversas revistas nacionales. Ha sido profesor de *Comunicación* en la Universidad Agraria La Molina (UNALM) y actualmente se desempeña como profesor de *Antropología Social y Cultura y Civilización* en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC).

fotógrafo Rubén Bracamonte, se desempeñaba como corresponsal para el diario La República en el departamento de Ayacucho, donde Sendero Luminoso concentraba sus ataques, lugar del que mucho se hablaba, pero al que muy pocos se atrevían a ir.

La comisión de aquella tarde consistía, precisamente, en llegar hasta el pueblo de Huanta. El objetivo era entrevistar a un campesino al cual los militares – conformados por el gobierno para contrarrestar los ataques terroristas en la zona – habían apresado acusándolo de cometer un asesinato, aunque todo parecía indicar que el crimen había sido cometido por las tropas de Sendero Luminoso. Esa era, entonces, la comisión. Sin embargo, apenas entraron al pueblo en la camioneta que los transportaba, observaron un grupo de mujeres campesinas aglomeradas con sus enormes polleras en las puertas del hospital distrital de Huanta.

– Acá ha pasado algo – dijo Rubén Bracamonte, para luego bajarse del auto, seguido por Elsa Úrsula.

Todas las mujeres lloraban, arrodilladas y hundidas en pánico. Había mujeres de edad y mujeres adolescentes. Y, mientras Elsa y Rubén trataban de preguntarles qué era lo que estaba ocurriendo, se dieron cuenta de que todas ellas hablaban quechua, lengua que ninguno de los dominaba.

– Elsa, mira – le dijo Rubén Bracamonte, señalando a una niña que se acercaba corriendo hacia ellos.

Aquella niña, que había venido corriendo desde Huamanga, pudo decirles, en un español masticado, que la noche anterior había ocurrido una masacre en dicha comunidad. Allí habían asesinado a todos los hombres y niños.

– ¿Qué es lo que ha pasado? – preguntó Elsa Úrsula –. Soy periodista de La República.

La niña, todavía agitada por su largo trayecto, explicaba que, días atrás, Sendero Luminoso había entrado en Huamanga, llevándose todo el ganado de la población, hecho que el ejército peruano interpretó como un silencioso apoyo de la población al terrorismo. De esta manera, entraron en todas las casas del pueblo y asesinaron a sangre fría a todos los hombres. De pronto, los periodistas divisaron una turba de militares que venía hacia ellos.

– Oye, Elsa, – advirtió Rubén Bracamonte – están viniendo los del ejército. Seguramente, nos van a quitar la cámara y el rollo.

Por aquel entonces, el diario La República se había ganado la confianza de la población civil, pues denunciaba abiertamente los atropellos de Sendero Luminoso. Sin embargo, también se había ganado el repudio de las Fuerzas Armadas, al sacar a la luz las tantas denuncias que las personas realizaban a causa de las matanzas y desapariciones extrajudiciales de sus familiares. No hacía mucho que había sucedido el incidente de Uchuracay, donde un grupo de cuarenta campesinos supuestamente había matado, confundiendo con miembros de Sendero Luminoso, a ocho periodistas que realizaban un reportaje en la zona. Por otro lado, semanas atrás, los corresponsales de Huamanga y de Huanta habían muerto de una misteriosa manera. Elsa y Rubén pensaron que serían los siguientes.

Mientras los militares comenzaban a acercarse cada vez más, una anciana del grupo de mujeres les sugirió a ambos que entraran a ocultarse en el hospital. El hecho de que ni Elsa Úrsula ni Rubén Bracamonte conocieran el hospital por dentro ocasionó que vagaran por los laberínticos pasillos, hasta que, corriendo, desembocaron en un punto ciego, con una puerta al final. Apenas llegaron, presurosos, abrieron la puerta y se metieron. Era la morgue del hospital.

Lo primero que hicieron los militares, cuando los cogieron, fue arrancarles la cámara fotográfica y quitarle el rollo. Luego agarraron a Elsa Úrsula de los cabellos y, entre tres soldados, empezaron a arrastrarla por el suelo con dirección al cuartel. La enorme multitud concentrada en la plaza hacía parecer que todo el pueblo de Huanta, convulsionado por la matanza de la noche anterior, se encontraba en el lugar, por donde ambos estaban siendo llevados.

Rubén Bracamonte era un hombre alto y robusto. De manera que, mientras los militares trataban de controlarlo, se soltó de ellos y corrió hacia un poste de luz, desde donde, abrazado fuertemente, empezó a gritar:

– Llamen a Hugo Bustíos. Llamen a Hugo Bustíos – gritaba sin cesar.

Hugo Bustíos era, por esos años, el corresponsal de la revista Caretas en Ayacucho. Tenía contactos periodísticos con los altos mandos del ejército peruano, y era uno de los periodistas que, al año siguiente, sería víctima por los mismos militares mientras buscaba la pista del asesinato de otras dos personas en Huanta. Cuando vieron que era imposible lograr que Rubén Bracamonte soltase el poste de luz al cual se había aferrado, casi diez soldados fueron necesarios para que, entre culatazos en la espalda y en las rodillas, y puntapiés en la boca del estómago, lo llevaran a empujones y, por trechos, a rastras, junto a Elsa Úrsula, hasta la puerta del cuartel. En ese mismo instante se escucharon los disparos del flash de la cámara de Hugo Bustíos, quien les tomaba cuantas fotos pudiera obtener de lo que estaba siendo testigo.

– Les estoy tomando fotos – les dijo firmemente a los militares, que miraban su acción con sorpresa–. Están vivos, y ahora mismo voy a llamar a La República –señaló.

Cuando los dejaron ir, entre insultos, y después de muchas horas de haber estado detenidos aguardando las negociaciones que se llevaban a cabo en Lima entre el diario y el Ministerio del Interior, eran ya las seis de la tarde. Aquello, por supuesto, significaba un problema igual o mayor del cual habían salido airosos, pues esa misma noche, en el pueblo, Sendero Luminoso llevaría a cabo un paro armado, lo que se traducía como la prohibición total de circulación por las carreteras o calles bajo pena de muerte.

Parecía que todo el mundo lo sabía, porque, cuando Elsa Úrsula y Rubén Bracamonte dejaron el cuartel militar, vieron que las calles del pueblo estaban vacías. Muchos se habían encerrado en sus casas. Otros, como Víctor Raúl Yangaly (el único alcalde que se atrevía a postular a la reelección del puesto) habían mandado a sus hijos a dormir en casas separadas y él mismo estaba esperando un carro que lo llevaría hasta el pueblo más cercano. De modo que cuando lo vieron en la plaza, Elsa Úrsula y Rubén Bracamonte, al no tener otro lugar a donde ir, corrieron hacia él, porque sabían que dentro de pocas horas probablemente Sendero Luminoso dinamitaría el cuartel, el consejo, la comisaría y tal vez hasta la plaza de Huanta; en fin, todo lo que representase el poder del gobierno.

– Mi casa también la van a dinamitar – les dijo el alcalde –. Pero si quieren, pueden venir conmigo. Eso sí, yo no sé qué es lo que puede pasar en el camino.

Y lo que podía pasar en el camino era que probablemente un grupo de Sendero Luminoso los detuviera, y, por sus condiciones de periodistas y autoridad del pueblo, respectivamente, no dudarían en matarlos.

Sin embargo, nada extraordinario ocurrió durante el trayecto a Huamanga, que era el pueblo más cercano a donde se dirigieron, ni tampoco en el avión que transportó a ambos periodistas hasta Lima. Pero cuando Elsa Úrsula llegó a la redacción del diario La República, su jefe le preguntó con inquietud si se había tomado el tiempo de entrevistar a Víctor Raúl Yangaly, el alcalde con el que ambos periodistas habían dejado Huanta.

– Sí –respondió ella –. Lo entrevisté en el carro, camino a Huamanga –. Y preguntó, intrigada – ¿Por qué la insistencia?

– Porque tienes la pepa, Elsa – le dijo su jefe –. Lo acaban de matar.

[2]

– Muéstrame tu bolso – le ordenó el hombre con el gorro en la cabeza y un pañuelo rojo amarrado al cuello que le tapaba la boca y parte de la nariz –. ¿Qué traes allí? – le preguntó, apuntando al bolso con su ametralladora.

Era mediado de los años ochenta, y Elsa Úrsula continuaba trabajando para el diario La República. En el Alto Huallaga, Sendero Luminoso había conseguido no sólo cohabitar con el narcotráfico, sino que se había convertido en un cártel de la droga, siendo su principal fuente de financiamiento la cocaína y la producción de pasta básica. Sin embargo, la prensa incursionaba muy poco en la selva peruana. Por eso Elsa Úrsula se encontraba en aquella inhóspita zona: para tratar de conocer y de poner al descubierto las operaciones de financiamiento de Sendero Luminoso.

El pueblo de Venenillo – ubicado en el Alto Huallaga – se había convertido en un pueblo destruido y controlado por las fuerzas senderistas. El lugar tenía la bandera de Sendero Luminoso – roja y con una hoz y un martillo en una de sus esquinas – incrustada en el suelo barroso de la selva, entre los árboles, y una tienda de campaña al lado, donde se encontraban Elsa Úrsula y el jefe político de la zona, el camarada Picón. Elsa Úrsula ya había vivido una vez, durante su niñez, en Venenillo. Y sabía que un primo suyo que vivía en dicho pueblo había sido secuestrado por Sendero Luminoso. No sabía si estaba vivo o muerto. Así, pues, ella había entrado a Venenillo diciendo que iba a visitar a su familiar de nombre Rommel. De esta manera, llegó con un nombre falso y buscando a su primo, que no veía hace mucho tiempo.

Elsa Úrsula sabía que Sendero Luminoso no gastaban las balas de sus fusiles en desertores, traidores, representantes del gobierno y periodistas – en general, en todo contrarrevolucionario –, sino que obligaban a los niños que vivían en el lugar a que les rompieran el cuello utilizando una palanca angular de hierro llamada torniquete, con el fin de formar su carácter para llegar al poder. Por eso Elsa Úrsula empezó a temblar, porque cuando abrió su bolso, lo primero que percibió que había allí dentro, a simple vista, era su carné de prensa, pegado encima de un mango y junto a un lápiz labial.

– Dame el bolso – le dijo el hombre, arranchándoselo de inmediato. Cuando lo abrió, se quedó callado. Miró a Elsa Úrsula directamente a la cara. – ¡Uy, qué rico tu mango! – le dijo el camarada Picón.

– ¿Quieres? – le preguntó ella. – No, no, no – dijo él – pero está bueno... Ya, bueno, ahora te vienen a llevar a donde está Rommel.

– Ya, yo me quedo acá – dijo Elsa, temblando.

Fueron caminando por una zona que apenas si la Elsa recordaba, porque cuando era niña, su tía sembraba cacao en ese lugar y ella iba a jugar en esas tierras, pero ahora todo era tan diferente a como lo había vivido. Estaba todo destruido. Era como una ciudad dinamitada. La escuela estaba destruida, y la única instrucción que los niños recibían era sobre el uso de armas. Todos los negocios estaban cerrados. Había un edificio que había sido dinamitado porque era un prostíbulo. Después de un rato, llegaron a la casa donde estaba su primo. Pero había un problema. Rommel no la había visto desde que ella tenía ocho años. Y ahora ella tenía casi veinte años. Pero lo más alarmante era que le habían dicho que si él no la reconocía, ella iba a estar en problemas.

Un grupo de narcotraficantes colombianos había llegado, y Rommel estaba en la casa con ellos. Alguien corrió hasta la casa y sacó a dos hombres. Pero ninguno de los dos daba indicio, a lo lejos, de ser Rommel o de reconocer a Elsa. Y, para ella, ambos se veían iguales. De modo que estaba en problemas. Pero, al venir hacia ella, uno de los dos se quedó a medio camino y se metió en otra casa. El otro se acercaba totalmente extraño, pues sabía que nadie se atrevía a ir a visitarlo, y no reconocía a la chica que veía parada frente a él. Ni bien pudo hacerlo, Elsa Úrsula se abalanzó sobre este hombre, y le susurró al oído:

– Soy Elsa, la hija de la tía Adelina.

Y en ese momento él la abrazó, y le dijo:

– ¡Prima, tanto tiempo sin verte! Entonces, los dejaron solos. – No he terminado. – le dijo Rommel a Elsa Úrsula –. Tengo que terminar.

Entraron a la casa donde estaban los narcotraficantes colombianos. Donde ella permaneció en un rincón, observando mesas llenas de fajos de dólares y a otros que como Rommel estaban allí para pesar los sacones de coca en balanzas. Horas después, antes de cruzar el río, Rommel le dijo:

– Yo no me puedo escapar. Ya me he querido escapar dos veces, y mira – le mostró dos heridas de bala en la pierna y en el brazo, añadiendo: - Yo no sé por cuánto tiempo más estaré vivo, porque ya no aguanto.

– Yo le voy a decir a mi tía que estás vivo – le dijo ella. Y lo abrazó fuertemente.

Esa fue la última vez que lo vio. Lo mataron dos meses después, cuando intentó volver a escapar.